

*La santa de los hongos  
Vida y misterio de María Sabina*

**Fernando Benítez  
1963**

María Sabina es una mujer extraordinaria. Como a otros mexicanos notables, el reconocimiento no le ha venido de su patria, sino del extranjero. Roger Heim habla de la "personalidad poderosa" de María Sabina, y Cardan Wasson, su descubridor, la llama Señora y en su primer encuentro escribe de ella: "La Señora está en la plenitud de su poder y se comprende fácilmente por qué Guadalupe<sup>1</sup> nos dijo que era una Señora sin mancha, inmaculada, pues ella sola había logrado salvar a sus hijos de todas las espantables enfermedades que se abaten sobre la infancia en el país mazateca, y nunca se había deshonrado utilizando su poder con fines malévolos... nosotros hemos comprobado que se trata de una mujer de rara moral y de una espiritualidad elevada al consagrarse a su vocación, y una artista que domina las técnicas a su cargo. Se trata verdaderamente de una personalidad."

Por desgracia, el hecho de que María hable exclusivamente mazateco me ha impedido conocerla en toda su riqueza y su profundidad espirituales. No sin vencer una vieja desconfianza, accedió a contarme su vida en tres sesiones, y aunque tenía como traductora a la inteligente profesora Herlinda y esta mujer, nativa de Huautla, habla a la perfección el mazateco, pronto se reveló que no sólo era incapaz de traducir el pensamiento poético de María, sino que deformaba el sentido y la originalidad de su relato al pasarlo por el filtro de otra cultura y de otra sensibilidad.

Acompañada de su nieta o de un nietecito, María Sabina bajaba siempre por el cerro donde se apoya el hotel, lo cual me daba la impresión de que venía volando desde su remota cabaña. Descendía literalmente del tejado, desdeñando la puerta y la escalera, y

---

<sup>1</sup> Mujer del síndico Cayetano García.



como sus pies descalzos no hacían el menor ruido al pisar las tablas del corredor y se aparecía de pronto, sin anunciarse, de un modo enteramente fantasmal, no dejaba nunca de sorprenderme cuando decía cerca de mi oído con una voz muy suave: –Dali.

### **Vida de una mujer Mazateca**

Su bisabuelo Pedro Feliciano, su abuelo Juan Feliciano y su padre Santos Feliciano, fueron curanderos. No conoció a ninguno de los tres –el padre desapareció joven cuando María tenía cuatro años– de manera que no pudo aprovechar los conocimientos y las experiencias de sus antepasados.

La familia quedó muy pobre y la niña María Sabina, con su hermana mayor María Ana, debían pastorear un rebaño de cabras. El hombre las hacía buscar los muchos hongos que crecen en las faldas de los cerros y se los comían crudos, fueran comunes o alucinantes. Embriagadas, las dos niñas se hincaban y llorando le pedían al sol que las ayudara.

María, dejando la silla en que está sentada, se arrodilla en medio de la habitación y juntando las manos principia a orar fervorosamente. Se da cuenta de que las palabras son insuficientes y recurre a la acción para que yo tenga una idea precisa de lo que significó su encuentro con los hongos y el estado de religiosa inspiración en que la sumieron. Su rostro expresivo se ilumina reflejando la luz misteriosa de aquella primera embriaguez tan lejana en el tiempo y aún tan viva en su memoria.

–¿Por qué lloraba? –le pregunto.

–Lloraba de sentimiento. Lloraba al pensar en su miseria y en su desamparo.

–¿A partir de entonces comía hongos con frecuencia?

–Sí. Los hongos le daban valor para crecer, para luchar, para soportar las penas de la vida.



Tenía seis o siete años y ya cultivaba con un azadón la tierra de su padre, hilaba el algodón, tejía sus huipiles. Más tarde, aprendió a bordar, acarreaba leña yagua, vendía telas o las cambiaba por gallinas, ayudaba a moler el maíz y a buscar hongos y yerbas en el campo, es decir, trabajaba como todas las niñas indias levantándose antes de amanecer y no descansando un momento hasta la hora de acostarse.

A los catorce años la pidió en casamiento Serapio Martínez, un mercader ambulante que viajaba a Tecomavaca, a Tehuacán, a Córdoba, a Orizaba, cargando ollas, ropa y manta. En uno de esos viajes se lo llevaron a pelear los carrancistas o los zapatistas, no lo sabe bien, y volvió ocho meses después terciado de cartucheras, trayendo caballo y carabina, porque fue un soldado valiente.

María le dijo:

–Ya deja las armas. Sufro mucho y es necesario que vivas conmigo.

Serapio desertó. Anduvo comerciando fuera algún tiempo y la visitaba a escondidas. Nunca, en sus tiempos de comerciante o de soldado, se olvidó de enviarle algún dinero. María, por su parte, siguió trabajando y ayudando a los gastos de la casa.

Esta unión –los indios no se casaban entonces– duró seis años. Serapio contrajo la influenza española y agonizó diez días echado en un petate. En vano lo asistieron los mejores curanderos de Huautla. El muchacho “estaba como loco” y dos días antes de morir, los brujos sentenciaron: “No tiene remedio. Perderás a tu marido.”

Pasados los cuarenta días del luto oficial mazateco, volvió a cultivar la tierra y a ocuparse de los tres hijos tenidos en su matrimonio: Catarino, María Herlinda y María Polonia. Naturalmente comió hongos para que le dieran conformidad y fuerzas para sostener a sus hijos. Vivió trece años viuda, cortando café en las fincas, bordando



huipiles, realizando pequeños negocios. De tarde en tarde recurría a los hongos, pero a medida que su vida mejoraba y sus hijos crecían, terminó por olvidarlos. Concluido ese largo periodo de soledad –“aquí vivimos como monjas” aclara la profesora Herlinda–, la pidió un hombre, llamado Marcial Calvo, brujo de profesión y tuvo con él seis hijos.

–¿Qué diferencia hay entre un brujo como Marcial y una curandera como María Sabina?  
–le pregunté a Herlinda.

–Yo adivino –responde María excitada–. Llego a un lugar donde están los muertos y si veo al enfermo tendido y a la gente llorando, siento que se acerca una pena. Otras veces, veo jardines y niños y siento que el enfermo se alivia y las desgracias se van. Cantando adivino todo lo que va a pasar. El brujo, rezando ahuyenta a los malos espíritus y cura por medio de ofrendas. Yo nunca comí hongos durante los doce años que duró nuestro matrimonio, porque me acostaba con él, y como tenía otro modo de curar, siempre le oculté mi “ciencia”.

Marcial, aparte de ser brujo, era un mal hombre. La costumbre de beber aguardiente como una práctica asociada a su profesión, había hecho de él un ebrio. Casi no daba dinero y golpeaba a los niños y a su mujer, aunque estuviera embarazada. Del relato de María surge con frecuencia la palabra que ya otras muchas veces he oído en boca de los indios: sufrimiento. “Sufrí mucho; sufrí demasiado”, dice resumiendo las diferentes etapas de su vida.

Su iniciación en la medicina mágica ocurrió durante los últimos años de su matrimonio, cuando enfermaron dos ancianos conocidos suyos, que según la costumbre recurrieron á los servicios profesionales de Marcial. De nada valieron huevos, yerbas y oraciones. Empeoraban diariamente y hubieran muerto si María no interviene devolviéndoles la salud.



–¿De qué manera los sanó?

–Comiendo hongo. Cantando. Invocando a Dios Espíritu Santo, a San Pedro, a San Pablo, a todos los santos del cielo.

Marcial, al descubrir que María comía hongos y era una curandera dotada fuerzas superiores a las suyas, se encolerizó y delante de los viejos le pegó a su mujer.

–María Santísima, sangré –exclama con los ojos relampagueantes de cólera.

“Estaba muy cansada, muy fatigada.” La brutalidad de Marcial determinó que poco a poco lo desechara, según la versión de Herlinda. Marcial “se metió” con cierta mujer casada, vecina de María, que tenía hijos grandes, y una noche el marido y los hijos le quebraron a palos la cabeza. María oyó los gritos, sin embargo, no pensó en Marcial y sólo al día siguiente fue que lo halló muerto en el camino. El marido engañado, con sus hijos, abandonó a la adúltera que hasta la fecha vive solitaria en Barranca Seca.

### **El libro de la sabiduría**

Hace veinte años murió el brujo Marcial. Veinte años que María ha vivido intensamente dedicada a la doble tarea de hacerse de una reputación como *co ta si ne*, “la que sabe”, y de sostener a una familia cada vez más numerosa. Al principio las cosas fueron difíciles. Debía mantener a sus diez hijos –de ellos viven siete en la actualidad– y a su hermana María Ana, ayudándose con el azadón, el bordado, los cerdos y las gallinas o vendiendo aguardiente y comidas a los viajeros que transitan por el camino real donde siempre ha tenido su casa.

El largo periodo de viudedad lo ha pasado sola, no porque pensara mal de los hombres, sino porque teniendo tantos hijos no quiso volver a casarse, y una vez que principió a



trabajar con los hongos, los hombres dejaron de interesarle.

Sus primeros pacientes fueron los viejos que estaban para morir. El haberlos sanado le abrió un nuevo camino pero no había perdido la fe en los curanderos y tenía miedo de curar a través de los hongos sagrados.

Lo que la resolvió a emplearlos nuevamente fue la suma gravedad en que se vio su hermana María Ana. Estando sentada o comiendo, de pronto “se ponía morada”, apretaba las manos y se caía al suelo. Los brujos habían agotado con ella sus remedios y María pensó que si tomaba una gran cantidad de hongos podría ver la enfermedad y curarla.

Tomó en aquella ocasión treinta pares y hallándose en el trance se le acercó un espíritu con un libro en las manos que le dijo: “Aquí te entrego este libro para que puedas trabajar.”

Ella era incapaz de leer el libro, porque no tuvo oportunidad de ir a la escuela, pero le fue dado el don de conocer los secretos de las cosas y de adivinar el futuro “como si estuviera leyendo un libro.” Debido a su fuerza mágica, los huevos que los brujos habían enterrado en lugares desconocidos del cuarto donde se hallaba su hermana, se desenterraban solos, venían a sus manos, y María sin volverse los tiraba al suelo, sabiendo así que la enfermedad no necesitaba los huevos y bastaba con el poder de los hongos. Cuando María volvió en sí y vio los cascarones de los huevos rotos, comprendió que se trataba de una realidad y no de una alucinación provocada por los hongos.

Después de la milagrosa curación de la hermana, María comenzó a ejercer su profesión de curandera y a ganarse la confianza de la gente. Abandonó el azadón y no volvió a



cortar café. Su vida mejoraba sensiblemente. Atendía a las parturientas, a los hombres que tenían un frío o un calor en el cuerpo, les devolvía el alma a los que la perdían por haberse asustado y ahuyentaba a los malos espíritus.

Para sus curaciones, María siempre ha usado exclusivamente tres clases de hongos: el llamado Pajarito, el San Isidro y el Desbarrancadero. El Desbarrancadero se encuentra en el bagazo de la caña de azúcar; el San Isidro en el excremento del toro y el Pajarito brota de preferencia al cobijo de los maizales o de los helechos y las plantas que tapizan las húmedas faldas de los montes.

### **La muerte del hijo**

Una escena ocurrida entre María Sabina y su hijo Aurelio la segunda vez que Wasson tomó los hongos, podría ilustrarnos acerca de la idea que María se ha formado del poder adivinatorio de los hongos. Escribe Wasson: "...la conducta de María fue en esta ocasión muy diferente. Ni danza ni elocución percutiva. Sólo tres o cuatro indios se hallaban con nosotros y la Señora llevó con ella no a su hija, sino a su hijo Aurelio, un muchacho menor de veinte años y que parecía enfermo o deficiente. Fue el hijo, y no nosotros, el objeto de su atención. A lo largo de la noche, su canto y sus palabras se dirigieron a ese muchacho como la expresión dramática lírica, siempre conmovedora, del amor de una madre por su hijo. La ternura que impregnaba su voz mientras cantaba y hablaba, sus gestos cuando se apoyaba afectuosamente sobre Aurelio, nos agitaron hondamente. Extranjeros, nos habríamos sentido muy incomodados ante esta escena, si no viéramos en la actitud de la curandera, poseída por los hongos, un símbolo del amor maternal más que el grito angustiado de una madre. Esta expansión sin trabas desencadenada verdaderamente por los hongos sagrados, era de tal calidad que pocos etnólogos podrían llegar a percibir."

Al entrevistar a María Sabina, como sabía que su hijo había muerto trágicamente, le



pregunté si su actitud de esa noche obedeció a que ella presentía la próxima desaparición de Aurelio.

–Aurelio estaba triste –explicó María–. Esa noche me había dicho: “Mamá, sé que me voy a perder.” –No digas eso –le contesté–, pero yo sabía que venía una desgracia y no podía detenerla.

–Después de la velada a que se refiere el señor Wasson, tomé hongos con mi hijo Aurelio y un amigo nuestro llamado Agustín. Cuando estaba en el éxtasis, apareció un hombre llevando enrollada una piel de toro podrida y gritó con una voz espantosa: “Con éste son cuatro los hombres que he matado.”

–¿Oíste, Agustín, lo que dijo ese hombre? –le pregunté a nuestro amigo–. ¿Lo has visto?

–Sí lo vi –me contestó–. Es uno de los Dolores. (Dolores se llamaba la madre del asesino.)

–Mi hijo Aurelio murió a los quince días. El Dolores, borracho, pasó corriendo por el patio y le clavó un cuchillo.

–¿Por qué lo mató? Debe haber una razón.

Herlinda se encargó de responderme: –Aurelio era comerciante y el Dolores le debía cincuenta pesos. Tal vez por eso lo mató.

### **El lenguaje de la divinidad**

De la poesía de María Sabina, es decir, de sus cantos chamánicos, tenemos el disco grabado por Wasson en un mal momento –María no estaba inspirada esa noche– y la traducción que de los cánticos hiciera la señorita Pike. Esta traducción presenta grandes lagunas que yo traté de llenar en mi segunda entrevista con María Sabina, pero fuera de algunas rectificaciones no logré aclarar el texto de la lingüista norteamericana.



Su incapacidad para traducir numerosos pasajes, como la incapacidad de la profesora Herlinda, tal vez se deba más que a dificultades fonéticas al hecho de que María haya creado un lenguaje de su especialidad, incomprendible para los mismos habitantes de Huautla.

Ese lenguaje esotérico lo empleaban los chamanes asiáticos y los curanderos y sacerdotes mexicanos lo llamaban *nabualtocaitl*, el idioma de la divinidad. Lo que ha creado María Sabina no es precisamente un lenguaje esotérico, sino más bien un lenguaje poético donde las incesantes reiteraciones del salmo y de la letanía se encadenan a una serie de metáforas frecuentemente oscuras, a licencias y juegos idiomáticos comunes en los grandes poetas y a menciones de yerbas y animales desconocidos, que multiplican las dificultades ya considerables de la lengua tonal mazateca.

Los cantos de María hacen las veces del tambor chamánico, lo cual no excluye que María recurra ocasionalmente al empleo de ciertos elementos percutivos. Las imágenes dispersas, ondulantes, soberanamente imprecisas del éxtasis, parecen ordenarse y cobrar un sentido gracias a sus cánticos. En mi tercera experiencia, recuerdo que saliendo del trance, después de un silencio, María cantó de nuevo y creó una melodía de tal suavidad, tan incitante –cada sonido abría mi carne saturándola de una infinita complacencia– que al terminar, como si se tratara de un concierto ejecutado con mano maestra, grité sin poder contenerme: –¡Bravo, María!

Heim, hablando del poder de los hongos, dice que ellos levantan el silencio. Hay entre el oído y el mundo de los sonidos un velo de silencio, como existe entre la luz y el ojo una atmósfera que absorbe los rayos de longitud de onda demasiado larga o demasiado corta. Los hongos recorren ese velo. Los sonidos adquieren una vibración peculiar; el mundo sordo recobra la plenitud de su orquestación y las más leves entonaciones de la



voz, los roces más imperceptibles, se escuchan magnificados, traspuestos a un plano que ya no es el habitual, como si desaparecida la atmósfera terrestre a nuestros ojos les fuera dable contemplar sin daño la corona de rayos X de nuestro sol.

El mundo se hace melodioso o nosotros recobramos el oído perdido. Idioma de la divinidad. Andantes eternos. Silencios tan perfectos como la misma melodía. Silencios enormes como abismos. El universo es una sola voz. El misterio y sus acordes infinitos. Música táctil, música que se siente, música que se ve. La alucinación de ese hombre acusado por haber comido peyote que declaró ante los jueces del Santo Oficio: “Muchas palomitas como lucernas y sobre el cuerpo caían gotas de agua, como llovizna”. Palomas luminosas a millares surcando el espacio; música transformada en lluvia cayendo sobre el cuerpo desnudo, empapándolo, saturándolo. Vuelo de palomas, de luciérnagas, de diamantes líquidos, vuelo de rombos, de cuentas verdes, amarillas, rojas; cubismo, tachismo, haciéndose, rehaciéndose, naciendo y muriendo, el motivo musical expresado en estas imágenes reales, visibles, sentidas por cada uno de los poros de nuestra piel, por cada uno de nuestros vellos erizados –diminutas antenas–, por cada cabello, por cada músculo, por los nervios tensos, por la masa del cerebro galvanizada, electrizada, receptora y productora a la vez de esa inexpresable melodía universal.

El éxtasis lo interrumpe bruscamente María Sabina pronunciando repetidamente el nombre de sus clientes. En este caso, mi nombre: "Fernando, Fernando, Fernando."

La profesora Herlinda intervino:

–Es necesario contestarle: “Aquí estoy”.

Hice un esfuerzo sobrehumano y respondí confuso:

–Aquí estoy.



Pienso ahora que es inhumano arrancar a los embriagados de su trance, pero este llamado forma parte de la técnica de María, es un paso del ritual que tiene posiblemente como objetivo interrumpir la cadena de los desdoblamientos y devolverle al paciente la conciencia de su personalidad.

Otras veces los llamados son menos personales aunque igualmente efectivos. Existe una deliberada voluntad de romper la secuencia del cántico, de mantener alerta al paciente o de impedir que su ser permanezca largo tiempo en una parte del delirio hecha de reminiscencias vergonzosas y de espantables metamorfosis. María cambia el tono, introduce cierto desorden, una complicación no prevista, una insistencia desagradable, lo que equivale a pasar de un extremo a otro del éxtasis, a vivir en la eternidad y recobrar el sentido del tiempo.

### Los cantos chamánicos

La fuerza y el misterio del éxtasis impregnan ya el inicio de su canto:

Soy una mujer que llora,  
Soy una mujer que habla,  
Soy una mujer que da la vida,  
Soy una mujer que golpea,  
Soy una mujer espíritu,  
Soy una mujer que grita.

Después cambia ligeramente el ritmo:

Soy Jesucristo,  
Soy San Pedro,  
Soy un Santo,  
Soy una Santa.  
Soy una mujer del aire,  
Soy una mujer de luz,  
Soy una mujer pura,  
Soy una mujer muñeca,  
Soy una mujer reloj,



Soy una mujer pájaro,  
Soy la mujer Jesús.  
Soy el corazón de Cristo,  
Soy el corazón de la Virgen,  
Soy el corazón de Nuestro Padre,  
Soy el corazón del Padre.  
Soy la mujer que espera,  
Soy la mujer que se esfuerza,  
Soy la mujer de la victoria,  
Soy la mujer del pensamiento,  
Soy la mujer creadora,  
Soy la mujer doctora,  
Soy la mujer luna,  
Soy la mujer intérprete,  
Soy la mujer estrella,  
Soy la mujer cielo.

María Sabina expresa las diferentes metamorfosis del éxtasis, y el sentimiento de fuerza, de elevación y de grandeza que le dan los hongos. En esta galería alucinante de sus estados de ánimo, de su propio rostro fragmentado, el sufrimiento aparece una vez: “Soy una mujer que llora”. Las demás imágenes, por el contrario, reflejan la conciencia de un poder misterioso y sagrado. Ella es la victoria y la ley, el pensamiento y la vida, la luz y el aire, la luna y la estrella matutina, pero también es la nube y el reloj, la mujer doctora, la mujer intérprete y la mujer muñeca, un santo y una santa –que aun el sexo cuenta en la jerarquía celestial– y algo que está más allá de la santidad porque es la fuente de donde mana lo sagrado: el corazón de Cristo, el mismo corazón del Padre.

Tampoco es posible expresar esa fase del éxtasis de un modo más natural. Es inútil tratar de reconstruir la materia de los sueños o de ofrecer una idea de las arquitecturas complicadas y sutiles vislumbradas bajo el efecto de los hongos. Wasson, en sus interpretaciones, sigue el camino abierto por Huxley. La psilocibina actúa sobre un cerebro occidental y suscita imágenes occidentales. María es una india analfabeta que no tiene ninguna relación con el mundo de Wasson; su pensamiento y su sensibilidad pertenecen al mundo de la magia y su expresión formal viene de muy lejos, de las



reiteraciones y paralelismos del Popol Vuh, de los himnos antiguos, de los cantares aztecas, y su vigoroso ritmo, el ritmo que crea el éxtasis y el clima de lo sagrado es el ritmo ininterrumpido, uniforme, de los jaguares y de las águilas en lo frisos de Xochicalco, de Tlaloc y la serpiente en Teotihuacán, de las cabezas proboscidas de Chak en el templo de Kabah, el ritmo de aquellos templos, verdaderos libros de piedra, donde las muchedumbre devotas podían entonar a través de las grandes formas repetidas, el cántico a la divinidad, “Repetición –dice Paul Westheim– es aquí afirmación, medio para grabar el mensaje en la memoria, énfasis, invocación, anhelo de conjuro, oración.”

Por otra parte, lo sucesivos cambios que va sufriendo María Sabina no sólo son tampoco la expresión individual del éxtasis, sino la expresión del ambiente mágico que a pesar de todo se mantiene vivo en la Sierra Mazateca: el de las metamorfosis. El curandero transformándose en jaguar, en pájaro, en serpiente, en dios o en demonio para traer la lluvia o provocar el granizo, para curar las enfermedades o abrumar a los infractores de la ley con terribles males y castigos. El recuerdo de los dioses tomando la figura del tigre, del águila y del búho; el de los guerreros muertos durante la batalla encarnando en el sol; los hombres desdoblándose en su Segundo, condenados a compartir el destino de su animal totémico.

Ambiente de máscaras, de cambios, de desdoblamientos, de encarnaciones que María interpreta haciéndose muñeca, reloj, crepúsculo, mujer diablo payaso, mujer santo payaso, mujer que viene como payaso.

María me dijo refiriéndose a estas últimas y oscuras metamorfosis:

–Yo veo a los hongos como niños, como payasos. Niños con violines, niños con trompetas, niños payasos que cantan y bailan a mi alrededor. Niños tiernos como los



retoños, como los botones de las flores; niños que chupan los malos humores, la sangre mala, el rocío de la mañana. El pájaro que chupa la enfermedad, el chupamirto bueno, el chupamirto sabio, la figura que limpia, la figura que sana. Les canto a los enfermos: Aquí están mis hojas medicinales, aquí están las hojas para curar. Soy la mujer relámpago, la mujer águila, la sabia herbolaria. Jesucristo, dame tu canto.

### Coatlicue al revés

Principia María la segunda mitad de su canto chamánico con una letanía dicha muy aprisa que, como es natural, la señorita Pike encuentra difícil de traducir. Los nombres oscurecidos, embrollados conscientemente se mezclan unos a otros a fin de crear confusión. Desfilan galopando, golpeando, pegando, pegando con violencia hasta que el ritmo afloja y los nombres evocados se hacen reconocibles:

San Pablo  
San Pedro  
Pedro Mara  
Pedro Matin  
Pedro Martínez.

Acerca de este juego de palabras escribe la señorita Pike: “Aquí lo más interesante es el nombre de Pedro Martínez. Tengo la impresión que Martínez podría ser empleado como el último nombre de San Pedro así como Cristo es el último nombre de Jesús. Nótese cómo ella lo construye a partir de San Pedro, Pedro Mara, Pedro Martínez.”

María me aclaró la cuestión diciéndome que introdujo ese nombre para honrar a Pedro Martínez, hermano de la profesora Herlinda, en cuya casa se celebró esa noche la ceremonia de los hongos. Es así también que en el canto figura el pequeño Aritano García, por Cayetano Aritano García, el síndico municipal a quien recurrió Wasson cuando visitó Huautla en 1954.



Después de jugar con San Pedro y Pedro Martínez, María, según hace notar la señorita Pike, emplea por primera vez la palabra ven:

Ven Santo  
Ven Santa  
Vengan trece diablos  
Vengan trece muchachas diabras  
Vengan trece muchachos de la escuela  
por el agua.

Le pedí que me explicara el significado de esos oscuros llamados y me contestó:

–Estaba en el éxtasis cuando el señor Wasson se sintió enfermo y al mismo tiempo oí que unas manos arañaban la puerta. Cayetano me dijo: “María, cuida que no les pase nada a nuestros amigos.” Yo entonces canté:

Que el diablo no perturbe  
Que vengan trece santas  
Que vengan trece niñas  
Que vengan trece niños de la escuela  
por el agua.

### La pureza

El tema de la pureza –soy una mujer limpia, el pájaro me limpia, el libro me limpia afirma repetidas veces– es uno de los más bellos e insistentes:

Flores que limpian mientras ando  
Agua que limpia mientras ando  
Flores que limpian  
Agua que limpia.

No se recuerda a lo largo del viaje por la Sierra otros dos elementos que las flores del verano indio, las pequeñas flores amarillas, rosas y blancas echadas sobre los taludes de las brechas como un tapiz bordado y el agua tumultuosa de los cañones que formando cascadas, manantiales y arroyos salpica a los viajeros, encharca los pasos y amenaza



llevarse los caminos.

Aguas y flores descansan de la fatiga del viaje, refrescan, limpian. Los arrieros y sus bestias se detienen a beber el agua remansada en el hueco de las peñas o hacen un alto para sentir la frescura de esos millones de partículas que danzan en el aire tendiendo arcoíris sobre los caminos de la Sierra.

La secuencia de la pureza, cortada por falta de traducción, podría continuar en esta forma:

Porque no tengo saliva  
Porque no tenga basura  
Porque no tengo polvo  
Porque él no tiene  
Lo que está en el aire  
Porque ésta es la obra de los santos.

Y más adelante, luego de salvar una nueva laguna:

No hay brujería  
No hay lucha  
No hay cólera  
Nada escupido  
Ninguna mentira.

Estos ejemplos, los más significativos, pueden dar una idea muy aproximada del "modo" poético de María Sabina, mientras disponemos de la versión completa al español y al inglés que se está preparando.<sup>2</sup> Entre tanto, debemos resignarnos con la fragmentaria versión de la señorita Pike, donde todo parece venir por rachas y por breves y súbitas iluminaciones.

---

<sup>2</sup> “Wasson R. Cordon y otros. Cinta grabada de la ceremonia de hongos celebrada en Huautla, en 1958, con álbum de discos, transcripción del texto completo en mazateco traducción anotada al español y al inglés y comentarios antropológicos, musicológicos y lingüísticos en preparación”. Ficha 45 de la Bibliografía “The Hallucinogenic Mushrooms of Mexico and Psilocybine”, Universidad de Harvard, 1962.



Dos versos aislados, dan idea de su soledad; de la mujer que se ha cerrado voluntariamente para el mundo:

No tengo oídos  
No tengo pezones.

Es una Coatlicue al revés. Sorda, tapiada. No suprime sus pechos, no se los mutila; con una imaginación india suprime sus pezones, es decir, los ciega haciendo de ellos la imagen de una clase de esterilidad nueva por lo desusada y monstruosa.

Sobre su paisaje natal, sobre las montañas en que ha vivido siempre, sólo estas líneas de una justeza y de un sentimiento poético admirables:

Tierra fría  
Nuestra tierra de nieblas.

De pronto, una afirmación, como un disparo:

Soy conocida en el cielo  
Dios me conoce.

Ya para finalizar su canto impregnado de una creciente tristeza:

Todavía hay santos.

Y sin interrupción, un llamado melancólico:

Oye luna  
Oye mujer-cruz-del-sur  
Oye estrella de la mañana.

Por último, "muy fatigada, muy triste":

Ven.  
Cómo podremos descansar.  
Estamos fatigados.  
Aún no llega el día.



## El poder de los hongos

A la tercera y última entrevista, María Sabina, acompañada de su nietecito, llegó muy temprano. Dándose cuenta que la profesora Herlinda no estaba conmigo, se retiró a la casa de Doña Rosaura, frontera al hotel y sacando de su morral unas gafas anticuadas y un huipil se sentó a bordar apaciblemente. Era difícil creer que esa viejecita encorvada sobre su tela y con las gafas resbalándole por su pequeña nariz, fuera la poderosa curandera María Sabina.

La profesora Herlinda, retenida en su escuela por una junta, acudió a la cita una hora después de lo convenido. María Sabina, enojada por el retraso, quería volverse a su casa y fue necesario emplear quince minutos en disuadirla. Le ofrecí un vaso de ron y poco a poco desarrugó el ceño. Tenía los brazos cruzados y sus ojos inteligentes aguardaban mi pregunta.

—Cuando Wasson tomó los hongos por primera vez en compañía de su amigo el fotógrafo, tú le pediste que tuviera cuidado de no pisar un lugar situado en un lugar del cuarto, a la izquierda del altar, porque en ese sitio descendería el Espíritu Santo. ¿Desciende verdaderamente? ¿Tú lo llamas y baja? ¿Puedes verlo?

Costó trabajo que la profesora Herlinda le hiciera comprender el sentido de mis preguntas. Reflexionó un momento y respondió:

—En efecto, baja porque yo lo invoco. Lo veo, pero no puedo tocarlo. En realidad es el poder de los hongos el que me hace hablar. No puedo decirle en qué consiste ese poder. Sin los hongos me sería imposible cantar, danzar o curar. ¿De dónde me van a salir las palabras? Yo no puedo inventarlas. Si alguien me enseñara a cantar yo no aprendería. Las palabras me brotan cuando estoy embriagada, como brotan los hongos en la milpa después de las primeras lluvias.



“Canto según las personas. Si es un mazateca, uno de los míos, veo con más trabajo cosas que le interesen porque dentro del pueblo hay mucha envidia, hay muchas maldiciones. Hace un año cuando te di los hongos, te sentiste mal. Esto se debió a que habías contratado a un brujo y como al final no aceptaste sus servicios y veniste conmigo, el brujo se vengó haciéndote sufrir.

"Me orienta el modo de ser de las gentes que toman hongos y sus necesidades. Debo pensar en el agua más fresca, en los árboles más altos, en las ciudades más bellas. Debo también fijar mi pensamiento en el enfermo para que encuentre una cosa verdadera; debo rogar para que los espíritus de los tiempos más remotos, desde que la Santísima Trinidad hizo la luz, me ayuden con su influencia a que los enfermos comprendan las ideas que les son necesarias para su alivio. Invoco a los santos, al Dueño de los Cerros, al Caballero del Monte Clarín, a la Doncella Agua Rastrera y entonces me siento como una mujer santa, como una mujer que todo lo sabe, como una mujer grande. Estoy fuera, lejos de aquí, muy lejos, muy alta y no recibo nada, no quiero nada, ni me importa nada. Cuando estoy en el éxtasis, pienso que han pasado muchos días, muchos años y sólo al venir la mañana recobro mis sentidos y vuelvo a tener una idea del tiempo.”

El nietecito de María, sin duda su predilecto, echado sobre su falda, no aparta de ella la mirada de sus brillantes ojos negros. La abuela pierde algo de su gravedad y le sonrío pasándole la mano por su cabeza.

—¿Cuántos familiares viven contigo?

—Diez. Una de mis hijas cose, teje y borda. Otra, siembra maíz y frijol. Un hijo es jornalero y cohetero (la pólvora le voló hace un mes cuatro dedos de la mano izquierda). Los tres ayudan a los gastos de la casa, aunque yo pongo más que todos.



¿Qué le voy a hacer? Prefiero andar en trazas a que mis nietos tengan hambre. Ahora todavía puedo trabajar con los hongos. Cuando sea vieja y me falten las fuerzas, ¿qué será de nosotros? Por eso, mi mayor ilusión es poner una tiendecita en mi casa y vender a los caminantes comidas, cervezas y un poco de mercería. Tenía una tienda, pero me quemaron la casa y ahora debo comenzar todo de nuevo.

### Técnicas arcaicas del éxtasis

[...]

Los sentimientos religiosos de los indios poseen una dinámica asombrosa y cualquier consideración que nos hagamos sobre ellos, resultaría falsa y deformada, si no los tuviéramos presentes. En la Sierra, María Sabina —para referirnos a un caso individual— coexiste con otro tipo de curanderos —culebreros, rezanderos, *medicine-men*—, con los sacerdotes representantes de la religión católica y con los restos, muy importantes, de las antiguas religiones mesoamericanas.

A los mazatecas no les basta la religión católica y necesitan para calmar su hambre de elementos sagrados y mágicos, su voracidad insaciable, de un gran número de curanderos y brujos o de manipulaciones y prácticas que se realizan independientemente de los sacerdotes católicos o de los curanderos indios.

Sin ir más lejos, en la cuesta del cerro donde se apoya el hotel, brota un manantial habitado por el duende Chicún Nandá. El manantial corre a dos pasos de la escalera que conduce a los cuartos y gracias a sus aguas florecen allí begonias, dalias, claveles y crecen frondosos los helechos y las gigantescas hojas utilizadas por los mazatecos como paraguas y capas durante la estación lluviosa. Chicún Nandá aparece en forma de halo y a quien lo mira, según refiere la propietaria del hotel, Doña Rosaura, el duende con su red le arrebató el espíritu. Para tenerlo propicio, la gente todavía hace cuatro años le llevaba flores, huevos y paloma, y yo vi muchas veces los ramos dejados junto al chorro



del agua por algunos viejos del pueblo. El lugar se considera peligroso debido a la presencia de Chicún Nandá y posiblemente a esa circunstancia se deba que el hotel –fuera de algunos turistas extranjeros atraídos por lo hongos– esté desierto la mayor parte del año.

Con todo, lo más importante de esta mezcla religiosa, es la experiencia extática “considerada como la experiencia religiosa por excelencia”. No son pues los curanderos o los sacerdotes católicos los que predominan en la Sierra, sino los que recurren a los hongos sagrados, por ser ellos –dentro de una variedad de técnicas mal estudiadas– los especialistas “de un trance durante el cual su alma se cree abandona el cuerpo para emprender ascensiones al cielo o descendimientos al infierno”.<sup>3</sup>

Otro aspecto fundamental de chamán es su dominio de los espíritus. María invoca al Dueño de los Cerros, a los chaneques –duendes que arrebatan el alma a los asustados–, a la Virgen María, a San Pedro y a San Pablo; es capaz asimismo de ahuyentar a los malos espíritus –sobrenaturales indios o diablos más o menos católicos–, pero su guía y su fuerza es el mismo Espíritu Santo. María Sabina en materia de auxiliares divinos no se anda por las ramas. Va directamente a lo que es el manadero de lo divino, a la figura que preside la vasta jerarquía celestial, al Padre de Cristo y de todo lo creado. Ella lo invoca y es el Espíritu Santo el que desciende a su cabaña y permanece al lado izquierdo del altar durante las horas del éxtasis. Los asistentes a la ceremonia saben que está ahí, en un lugar preciso; pero son incapaces de verlo, ya que carecen del poder de María, mientras ella lo ve, le habla, le implora que le haga conocer la suerte destinada a los enfermos, y el Espíritu Santo la obedece conduciéndola a la región de los muertos o descubriéndole el velo que oculta el porvenir.

---

<sup>3</sup> Mircea Eliade. *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*. Fondo de Cultura Económica, México, 1960.



La iniciación de María culmina en su intervención con los viejos enfermos y poco después en su intervención con la hermana. Aquí también se cumple de manera rigurosa el esquema tradicional de una ceremonia iniciática: “sufrimiento, muerte y resurrección”. El sufrimiento se lo causan los golpes dados por el marido, golpes que la despedazan y la hacen sangrar –el despedazamiento del neófito entre los chamanes siberianos– o los sufrimientos provocados por una dosis anormal de hongos. La muerte, es no sólo la muerte que amenaza a los viejos y a la hermana, sino su muerte como mujer y campesina con el fin de emprender un nuevo camino, y la resurrección es también doble: se realiza en la milagrosa curación de los moribundos y en su propio ser, cuando un espíritu superior le muestra el libro de la sabiduría y María obtiene los poderes mágicos que harán de ella una gran curandera.

### **El santoral del mundo salvaje**

Los chamanes representan el santoral del mundo salvaje. Si mantienen un predominio sobre millares de hombres es que ellos han sabido ganarse, por sus méritos, esta situación eminente. Un don, un privilegio, una predestinación marcan al chamán y lo hacen distinto de los demás hombres. Las pruebas a que se somete, las increíbles proezas que realiza, su vigor físico, la maestría con que maneja las diversas técnicas de su competencia, el valor para afrontar los mayores riesgos, hacen de él un santo y un héroe casi extintos. María debe verse incluida en ese santoral. Cortadas las comunicaciones desde hace milenios, aislada en sus montañas, ella al igual que los yacutos, los australianos o los indios de América del Sur, sigue construyendo escalas y levantando mapas místicos en que concurren las entidades cada vez más divorciadas del cielo, de la tierra y del mundo subterráneo de los muertos.

No tiene conciencia de lo que representa su éxtasis chamánico, es decir, la nostalgia y el deseo por recuperar un estado “anterior a la caída”, pero ella asciende al cielo, habla con los dioses, mantiene estrecha comunicación con los espíritus, penetra en la región



de los muertos –privilegio sólo concedido a los difuntos– y restablece los puentes rotos que una vez ligaron y dieron coherencia al mundo espiritual del hombre. Sabia herbolaria, curandera, cantante, maestra del éxtasis y maestra del alma humana, ha conquistado su prestigio por un don, por “una fuerza que la agarra” y le permite abandonar su cuerpo y en buena medida, por una vida de prueba y sufrimientos nada comunes, por una abstinencia prolongada que le da acceso a los hongos y por una elevada consideración de su poder mágico orientado hacia el bien y no a causar daños como es la costumbre de algunos curanderos.

Aún los rasgos adjudicados al chamán perfecto convienen a los que muestra María en toda ocasión, ya que según los yacutos, “debe ser serio, tener tacto, saber convencer a los que le rodean; sobre todo, no debe parecer nunca presumido, orgulloso, Violento. Debe sentirse en él una fuerza interior que no ofenda, pero que tenga conciencia de su poder”.<sup>4</sup>

María no es precisamente seria, sino grave y digna, como son casi siempre los indios. A pesar de que el auge de los hongos ha determinado la aparición de charlatanes sin escrúpulos, de los rencores y de los celos causados por la competencia comercial, no es violenta ni se expresa con acritud de los farsantes. Lejos de mostrar orgullo o presunción, viste un huipil mazateco desteñido y aun muy remendado del que asoman sus pies descalzos. De cerca, o después de tratarla algunos minutos, termina imponiéndose. Un dominio de sí misma, una perfecta naturalidad, una conciencia de su poder que sólo se expresa en la mirada profunda de sus ojos, unida al sosiego de toda su figura, hacen de ella ciertamente una personalidad extraordinaria. Sabe que es famosa –guarda los retratos y los artículos que se han publicado sobre ella–, pero no le gusta hablar del asunto. Como todos los suyos, es pequeña y delgada e incluso sería demasiado delgada si no fuera por los músculos cada vez más visibles que asoman bajo

---

<sup>4</sup> Sieroszewski. *Du chamanisme d'après les croyances des Yacoutes*. Citado por Mircea Eliade.



su piel oscura. El pelo, dividido por una raya, es negro todavía, como las cejas, espesas y abundantes, cosa rara en las indias; tiene los pómulos salientes, fuerte y ancha la nariz, la boca grande y elocuente. Su vida de campesina, el haber sostenido durante muchos años a su familia, los viajes que emprende a pie y las largas veladas donde ejerce su profesión de curandera, en las que canta cinco o seis horas, baila y maneja elementos de percusión, fuma y bebe aguardiente, no parece haber disminuido su prodigiosa energía.

Muchos mazatecos suben a buscarla hasta su cabaña solitaria, le consultan sus problemas, tienen fe en sus curaciones, la rodean de consideración y respeto. María no le da una exagerada importancia a su elevada categoría. En vez de rodearse de misterio, se la ve en la calle cargada de bultos o sentarse llena de humildad en un rincón de la iglesia.

Su frecuentación y manejo de lo sagrado no le impiden cumplir sus deberes familiares y de tal modo aparecen unidas sus dos existencias, que no oficia en ninguna ceremonia sin que esté presente uno de sus nietos. El niño se duerme enroscado, como un cordero, apoyando la cabeza en sus piernas recogidas. María lo acaricia de tarde en tarde y cuando despierta le ofrece pan o lo cubre con un rebozo. A Tolstoi, sin duda, le hubiera gustado conocer a esta pequeña vieja que habla con Dios cara a cara, vive en estado de pureza, gana su pan buscando remedios en la montaña y curando los padecimientos morales y físicos de los suyos, es una mística y al mismo tiempo una mujer que con grandes sacrificios y dolores va realizando esa tarea difícil –sobre todo en el campo mexicano– de sacar adelante –simplemente de hacer vivir– a los niños a las mujeres y a los viejos de su numerosa familia.

Fuente: Benítez, Fernando, “La santa de los hongos. Vida y misterio de María Sabina”, en: *Revista de la Universidad de México*, núm. 1, septiembre de 1963, pp. 15-20.

